

## CAPÍTULO 27. CARTA N° 27.

Gracias por su carta, querida amiga. Trataré, al menos esta vez, de corresponder a sus deseos de objetividad. El fenómeno de la homosexualidad es suficientemente importante como para someterlo a un examen metódico.

Sí, soy de la opinión de que todos los hombres son homosexuales. Y esta opinión está de tal manera arraigada en mí que me resulta difícil comprender cómo alguien puede tener una opinión distinta. El hombre se ama en primer lugar a sí mismo, se ama con todas sus fuerzas; trata, por naturaleza, de procurarse toda clase imaginable de placer, y ya que él es hombre o mujer, resulta que en primer término resulta estar sometido al amor a su propio sexo. Esto no puede ser de otra manera, y cualquier examen libre de prejuicios de una persona cualquiera nos llevará a probar esta conclusión. La cuestión no es, por consiguiente: ¿Es la homosexualidad una excepción, es perversa? De esto no se trata. La cuestión es la siguiente: ¿Por qué es tan difícil ver este fenómeno de atracción al propio sexo libre de prejuicios, hablar sobre él y juzgarlo; y luego, cómo llega el hombre a poder sentir atracción por el sexo contrario, a pesar de sus disposiciones homosexuales?

A la primera parte de la pregunta es fácil responder. A los pederastas se los castiga con la cárcel, se les tacha de delincuentes, y sus acciones son consideradas, desde siglos, como vicios vergonzosos. El que la mayoría de los hombres no lo vean, se explica por esta prohibición. El hecho no es más extraño que estos otros hechos tan corrientes de que los niños no noten el embarazo de sus propias madres, de que la mayoría de las madres no estén en condiciones de ver las manifestaciones sexuales de sus propios hijos, de que nadie, hasta que Freud lo vio y lo describió, se hubiese percatado claramente de las tendencias incestuosas de los niños varones con respecto a su madre. Pero quien, con todo, conoce la extensión de la homosexualidad no está por eso ni mucho menos capacitado para juzgarla fríamente y sin prejuicios, y quien tiene la fuerza para ello prefiere callar antes que perder el tiempo luchando contra la estulticia.

Se debería pensar que una época que se precia de culta, que, como no piensa, aprende geografía e historia de memoria, que una tal época debería saber: al otro lado del mar Egeo, en Asia, comienza el reino de la libre pederastia, y una cultura tan altamente desarrollada como la griega es inimaginable sin el reconocimiento de la homosexualidad. A esta época debería al menos haberle llamado la atención las singulares palabras del Evangelio cuando habla del discípulo a quien Jesús amaba, y que descansaba sobre su pecho. Nada de ello. Somos ciegos frente a todos estos testimonios. No nos es permitido ver lo que está a la vista.

En primer lugar lo prohíbe la iglesia. Esta prohibición la ha tomado abiertamente del antiguo testamento, que medía todo desde el punto de vista de la procreación de los hijos, y como consecuencia del ansia de poder de la casta sacerdotal que, con toda intención, mancha de pecado los instintos más fundamentales del hombre con el fin de subyugar las oprimidas conciencias. Esto le resultó especialmente útil a la Iglesia cristiana, pues, con la condenación del amor entre hombres, alcanzó las raíces de la cultura helénica. Como usted sabe, van aumentando las voces de los que protestan por la condenación de la pederastia, pues se va notando que el derecho heredado ha ya tiempo se ha convertido en injusticia.

Apesar del cuerpo que, poco a poco, va tomando esta idea, no es de esperar que produzcan cambios próximos en nuestros juicios sobre el tema. Esto tiene una razón muy sencilla. Todos nosotros nos pasamos quince o dieciséis años, mayormente toda nuestra vida, sabiendo consciente o, al menos, semiconscientemente, que somos homosexuales y que hemos obrado y obramos como tales. A todos les acontece, como me aconteció a mí, que en una determinada época de su vida hacen un esfuerzo sobrehumano para conseguir ahogar la homosexualidad, tan despreciada por palabra y por escrito. Ni siquiera la represión tiene éxito, y para poder

sostener ese continuo y diario autoengaño, apoyan el coro público de voces que la maldicen, aligerándose así del peso de la batalla interior. El descubrimiento que uno hace cuando se pone a estudiar este fenómeno es siempre el mismo: como nosotros mismos nos sentimos como ladrones, asesinos, adúlteros, pederastas, mentirosos, nos apresuramos a condenar celosamente el robo, el asesinato, la mentira, para que nadie, y menos nosotros mismos, lleguemos al conocimiento de nuestra propia maldad. Créame: lo que el hombre odia, desprecia, critica, es su más íntima naturaleza. Y si usted quiere realmente tomar de una vez en serio su amor y su vida, con nobleza de ánimo, aténgase usted a los versos siguientes:

*¡No me critiques a mí!  
¡Y cuando yo falte,  
corrígete a ti!*

Conozco todavía una razón por la cual no somos honrados con relación a la homosexualidad. Es nuestra postura frente al fenómeno de la masturbación. Las raíces de la homosexualidad son el narcisismo, el amor a sí mismo y la ipsación. Todavía está por nacer el hombre que se enfrente con tranquilidad y sin prejuicios al fenómeno de la masturbación.

Le habrá llamado la atención que hasta el presente haya sólo hablado de la homosexualidad masculina. Esto es comprensible teniendo en cuenta que yo procedo de una época en la que se actuaba como si -¿o se creía realmente?-, en que se actuaba como si, repito, fuera de algunos casos de putas desahuciadas, no existiese el fenómeno de la sexualidad femenina. A este respecto, casi se puede considerar divertido al siglo pasado. Sólo que, desgraciadamente, las consecuencias de esta gracia han sido trágicas. Me parece como si ahora, de nuevo, nos diésemos cuenta de la existencia de pechos, vagina y clítoris, y como si hasta nos permitiésemos pensar que hay también un ano femenino que tiene igualmente que ver con caca, pedos y sensaciones de placer. Pero, por de pronto, esto es solamente ciencia secreta de mujeres y de algunos hombres. La gran masa del público parece derivar la palabra homosexual de homo = hombre. Que el amor de mujer a mujer es cosa diaria y que, a menudo, tiene lugar a ojos vistas, apenas se percibe. Y con todo sigue siendo un hecho que cualquier mujer, sea de la edad que sea, puede besar y abrazar, sin temor y sin problema, a cualquier otra mujer. Tales cosas no son “homosexuales”, lo mismo que la masturbación femenina no es “masturbación”. Tales cosas no existen.

¿Me permite recordarle una pequeña aventura que usted y yo vivimos juntos? Debió ser hacia 1912. La controversia sobre el tema de la calificación moral de la homosexualidad era entonces especialmente aguda, por cuanto se iba a reformar el Código Penal alemán. Se había propuesto incluir también a las personas del género femenino en el artículo 175. Yo estaba con usted, y como nos habíamos peleado, pero nos queríamos reconciliar otra vez pronto, cogí una revista y me puse a hojearla. Era el *Kunstwart*, y dentro había un artículo de una de las damas más consideradas de toda Alemania, que exponía su opinión sobre la homosexualidad femenina. Adoptaba una postura clara y decididamente en contra de la propuesta dirigida a castigar el amor de mujer a mujer, y opinaba que ello conmovería los cimientos de la sociedad y que, en caso de extender el Código Penal también a las mujeres, habría que centuplicar el número de establecimientos penitenciarios. Yo le ofrecí a usted la revista pensando haber encontrado un tema inofensivo de conversación en el cual pudiésemos olvidar nuestro mutuo mal humor, pero con un seco: “Ya lo he leído”, rechazó usted mi intento de acercamiento. La reconciliación vino por otro camino, pero aquella misma tarde me contó usted una pequeña historia de cuando usted era muchacha, según la cual su prima Lola le había besado los pechos. De aquí saqué la conclusión de que usted compartía el punto de vista de aquella luchadora por la impunidad del amor sáfico.

Para mí, en aquella ocasión, la cuestión de la homosexualidad quedó resuelta. Ese ataque a sus pechos me hizo ver de una vez claro que es la misma naturaleza quien alimenta este erotismo entre mujer y mujer. Pues, a fin de cuentas, no es el padre, sino la madre la que le da el pecho a las muchachas, y que el chupar de los pezones produce un placer de carácter venéreo lo saben todas las mujeres... y también los hombres. Que son labios infantiles y no maduros los que producen el susodicho placer, supone a lo sumo una diferencia en el hecho de que el niño chupa mucho más suave y delicadamente de lo que ninguna persona mayor es

capaz. La autora de aquel artículo me parece tener razón en un sentido muy diferente al afirmar que los fundamentos de la vida y convivencia humana se conmovieran si se castigase la homosexualidad, pues sobre las relaciones sexuales de madre e hija, de padre e hijo, descansa el mundo.

Claro que hay quien puede establecer la afirmación sin vacilar -y de hecho se hace- que los humanos son hasta la pubertad, es decir, durante la infancia, simple y llanamente bisexuales, para luego decidirse, en su mayor parte, en favor del sexo contrario y renunciar al propio. Pero esto no es correcto. El hombre es bisexual su vida entera, y a lo sumo, en esta o aquella época de la Historia consigue una minoría, una minoría muy pequeña, reprimir la homosexualidad y adaptarse a la moralidad de moda. Pero con ello la homosexualidad no se elimina, sino que únicamente se limita. Y lo mismo que no se dan casos de homosexuales puros, lo mismo tampoco se dan los heterosexuales puros. Ni siquiera el homosexual más pasional se libra de las consecuencias de haberse pasado nueve meses en el vientre de una mujer.

Las expresiones “homosexual” y “heterosexual” son simplemente palabras, epígrafes de capítulos debajo de los cuales cada uno puede escribir lo que quiera. Un sentido definido no hay en ellas. Materia de cháchara.

Mucho más llamativo que el amor al propio sexo, que se deriva como necesidad ineludible del amor a uno mismo, es para mí el fenómeno de cómo se llega al amor al sexo contrario.

En el muchacho la cosa me parece ser bastante simple. Los nueve meses de estancia en el seno materno, los largos años de dependencia del cuidado de unas manos femeninas, todas las ternuras, alegrías, placeres y satisfacciones que la madre le proporciona y le puede proporcionar ofrecen un contrapeso tan considerable al narcisismo que ya no hace falta buscar más. Pero, ¿cómo consigue la muchacha el acceso al sexo masculino? Temo que la respuesta que le voy a dar le va a satisfacer a usted tan poco como me satisface a mí. O, para decirlo más claramente, no conozco ninguna razón verdaderamente suficiente. Y como yo poseo una aversión, no falta de fundamento, a jugar con la palabra herencia, pues de la herencia yo no sé más que existe, y que existe de una manera bastante diferente de lo que nos figuramos, me siento en la necesidad de callar. Sólo quisiera darle algunas indicaciones. En primer lugar, se puede constatar que la preferencia de la hija por el padre aparece en un estadio muy temprano. La admiración por la fuerza y el tamaño superiores del varón debería ser considerada, en caso de ser una de las fuentes de la heterosexualidad femenina, como un signo de la original capacidad de juicio de las niñas. Pero, ¿cómo determinar si esta admiración es originaria o más bien aparece a lo largo del tiempo? Exactamente la misma falta de claridad me molesta con relación a un segundo factor que posteriormente influye de manera decisiva en la inclinación de la mujer por el hombre, a saber, el complejo de castración. Algún día descubre la niña la falta de la que ella es víctima por naturaleza y algún día -sin duda muy pronto- se manifiesta el deseo de tomarse prestado al menos el órgano masculino, ya que el propio de todas formas no crece. Si tuviese validez el derivar la heterosexualidad femenina a lo largo de los primeros años de la vida sería fácil encontrar razones suficientes para ello. Pero los signos de la preferencia por el hombre, de la preferencia sexual, aparecen en tan tempranos días que con tales juegos de ideas no se consigue mucho.

Me estoy dando cuenta de que empiezo a desvariar; por eso, en lugar de tanta erudición, le voy a contar algo de mí mismo y del número 83. En el año 83 tuvo que oír las ominosas palabras sobre la masturbación, de las cuales ya hice mención. Poco después cogí el sarampión, y cuando curé se apoderó de mí aquella gran pasión por el muchacho con quien paseaba por el claustro y a quien besaba. Tengo razones para conservar el 83 en mi inconsciente.

Tengo que traer a cuento todavía un pequeño dato. Le hablé a usted de los desmayos de mi hermano, desmayos a los que yo le atribuyo mucha importancia en el desarrollo e mi homosexualidad. Uno de estos desmayos tuvo lugar en el retrete, y este es precisamente es el que ha quedado más grabado en mi memoria. Hubo que desguazar la puerta, y tanto la figura de mi padre, con el hacha, como la de mi hermano, sentado, pero caído hacia atrás y con el cuerpo desnudo de la cintura para abajo, me resultan todavía muy fácil de recordar. Si usted reconoce que el entrar rompiendo la puerta entraña el simbolismo de la entrada sexual en el cuerpo humano, que, por consiguiente, lo que allí se realizaba era el acto entre hombre y hombre y que, además, el hacha ponía en movimiento el complejo de castración, no le faltarán puntos de referencia para toda clase de reflexiones. Finalmente someto también a su reflexión el hecho de que, de la misma

manera, tuvo lugar la adecuación entre defecación y parto, y que el retrete es el lugar donde el niño hace sus observaciones acerca de las partes sexuales de sus padres y hermanos, especialmente del padre o de los hermanos varones mayores. El niño está acostumbrado a ser acompañado a ese lugar por personas mayores, y muchas veces observa que la persona mayor aprovecha para hacer al mismo tiempo sus propias necesidades. Esto acostumbra también a su inconsciente a identificar retrete y visión de las partes sexuales, lo mismo que coloca en el mismo compartimiento la represión del retrete y de la masturbación. Usted sabrá también que los homosexuales tienen una afición especial por visitar los retretes y urinarios públicos. Es que todos los complejos sexuales están en íntima relación de parentesco con los actos de defecación y la orina.

Me llama la atención el hecho de haber interrumpido mis consideraciones sobre el origen de la heterosexualidad con recuerdos sobre mi hermano y sobre el complejo anal. La razón está en la fecha del día de hoy. Hoy es el día 18 de agosto. Desde hace unas cuatro semanas me viene contando aquel enfermo que me recuerda a mi hermano que desde el 18 de agosto en adelante no conseguiré ya más progresos en su tratamiento. De hecho el enfermo hoy ha sufrido un empeoramiento. Por desgracia no es capaz de comunicarme las ideas de su inconsciente que hacen del día 18 de agosto un día crítico para él. Y yo por mi parte me siento incómodo, pues no conozco los motivos de su resistencia y espero toda clase de dificultades para el próximo tiempo.

La cuestión de cómo se origina la inclinación de la niña por el varón es, para mí, por de pronto, totalmente insoluble y se la dejo a usted para que la responda. Por mi parte quisiera expresar la sospecha de que la mujer, en cuestiones de erotismo, es mucho más libre con relación a la existencia de los dos sexos. Me da la impresión de como si tuviese una capacidad análoga de amor al sexo propio y al contrario, de la que ella, según necesidad, puede disponer. Con otras palabras, me da la impresión que, en la mujer, ni la homosexualidad ni la heterosexualidad son reprimidas profundamente, que ambas quedan bastante en la superficie.

Siempre es desagradable suponer diferencias cualitativas entre la mujer y el hombre. No se debe olvidar que, en sentido estricto, no hay ni hombre ni mujer, sino más bien una mezcla de ambos. Supuesta esta acotación, estoy inclinado a afirmar que la cuestión de la homosexualidad o de la heterosexualidad tiene poca importancia en la vida de la mujer.

Y agrego todavía otra sospecha: que la mujer está más ligada al propio sexo que el hombre, cosa que, para mí, está demostrada, y que se explica por el hecho de que el amor a sí misma y el amor a la madre indican como objeto a uno y el mismo sexo. Frente a esto hay, por lo que yo alcanzo a ver, sólo un factor de importancia que apunta al varón, a saber, el complejo de castración, la frustración de ser una niña y el odio a la progenitora que de aquí se deriva, unido al deseo de llegar a ser macho o, al menos, de dar a luz a un niño varón.

En el hombre la cosa es diferente. En él no se trata únicamente de la cuestión homosexualidad-heterosexualidad, sino que a esta cuestión va indisolublemente unida la del incesto con la madre. El impulso que hay que reprimir es el de la pasión por la madre, y esta represión arrastra en ocasiones consigo a la general inclinación por las hembras. Tal vez le gustaría oír a usted más cosas al respecto. Por desgracia, se trata sólo de suposiciones.

PATRIK

*Volver News-2 ALSF*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org) .